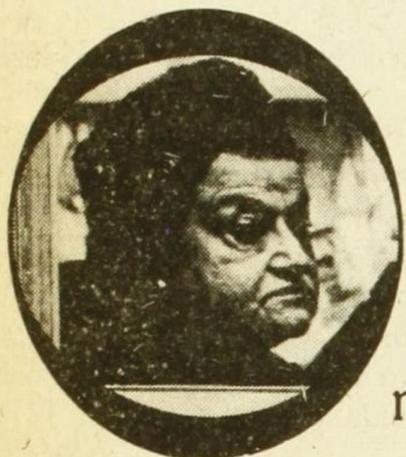


A

ser anciana

se aprende de niña



más viejos que la sarna y la envidia

Juro por Dios que no entiendo por qué me pide Marta Lamas un artículo dedicado a las mujeres desde la revista para mujeres con nombre de mujeres, pero (*voici* como dicen las chic periodistas de ahoy", como diría una preclara sabia mexicana de los años treinta) tenaz, heroicamente enviada la publicación a los oídos sordos de los señores "hombres" del planeta. Hombres-antimujeres, a propósito, casi tan anti-mujeres como las mujeres mexicanas que yo me sé. . . pero en fin. No entiendo, insisto, qué mueve a Marta Lamas a arrejuntarme a su selecto grupo. Yo no soy una clásica nada de nada: vivo en el retiro, escaldada como esos perritos que se acercan a los puestos de barbacoa en el mercado, y los desdichados tenderos-mata-animales aviéntanles calderos de agua hirviendo para que se vayan al diablo; cuando escribo, paso mi petición (es un decir) mi recibo de honorarios, porque tengo el pésimo gusto, la necesidad de trabajar para comer; no pertenezco a las cruzadas feministas, ni del PRI, ni de las súperes de Tecamachalco; carezco de diplomacia; no estudié en parte alguna que no fuera nacional made in Gto. y México DeFectuoso ¿entenza? Ha de ser porque tengo fama de periodista, mal que bien. . .

El caso es que

Marta quiere que hable de las viejecitas y de los ancianitos, "tan buenos ellos". Lo espantoso es que Marta ignora que no me gustan los longevos, como tampoco las snobs, los trepadores, las mentirosas, los traidores, las popofes, los gesticuladores. . . la crueldad, la estupidez, el pochismo y, claro, los frutos del mar: porque soy alérgica. Explícome, para evitar que se me mate —más—, o se me ninguneé —no es posible más— en el Anáhuac de donde procedo:

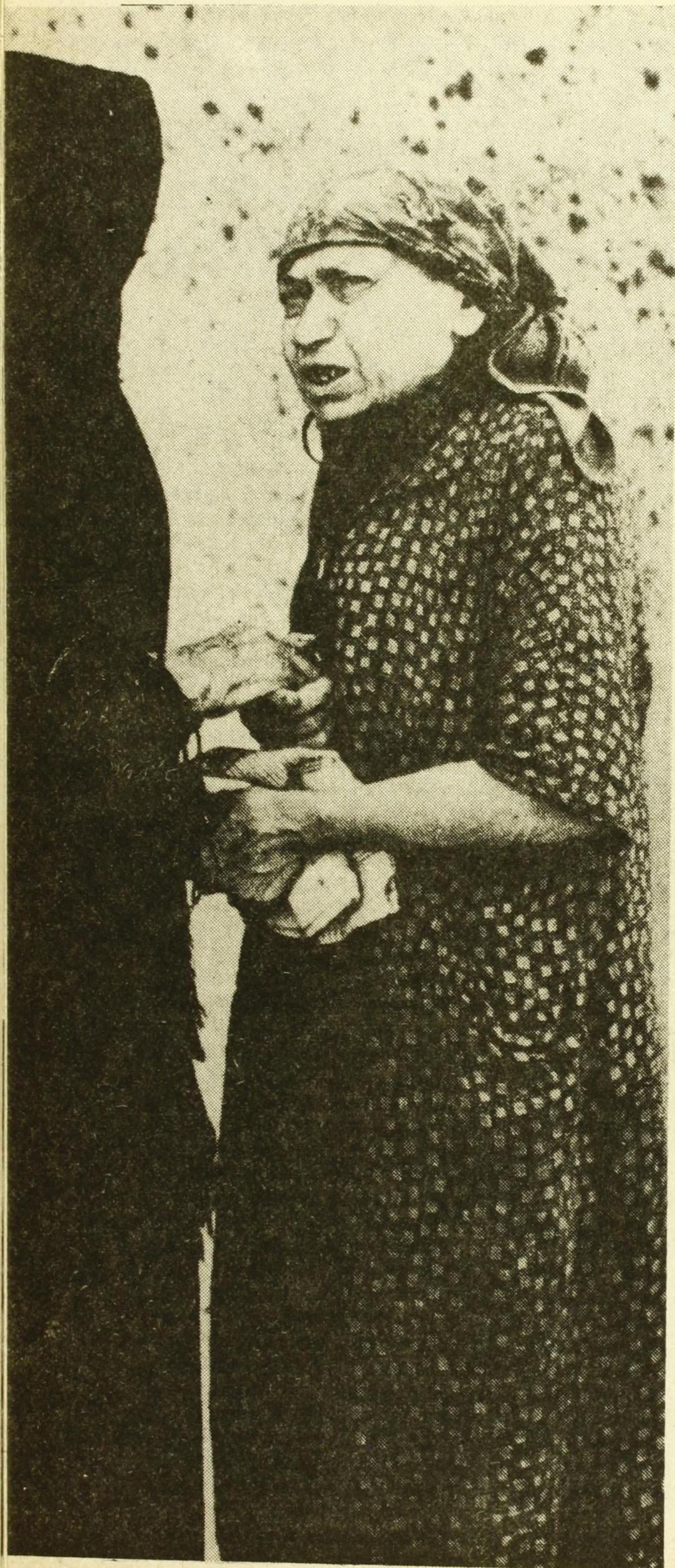
Nunca he creído que los ciegos sean esos santurrones con ojos velados oteando el horizonte para atrapar con su sabia palabra los llantos y las necesidades. . . el invidente que acaricia al lazarillo, consuela en su hambre al perrito guía, pide dulcemente caridad en San Juan de Letrán mientras le llega la muerte, o un quiosco para vender billetes de lotería. No: yo siento que los ciegos (naturalmente, puristas: ojo: no todos) son personas heridas y carentes, capaces de las más atroces crueldades que realizarse puedan sin el uso de la vista. Así igualmente

la leyenda de las cabecitas blancas emitiendo el versículo para portarse bien en el futuro, o la palabra exacta de San Pentecostés para que conduzca a uno, joven y fuerte, a la dicha católica, tampoco están comprobadas. Mis viejos los arranqué de las novelas que leí de niña y de traumáticas experiencias con monjas, curas, tías, tíos, tutores y bienhechores, y en la cronología, con viejas amigas de mis jóvenes-amigas, que me han torturado (las chirruscas pues) brutalmente desde un despecho maligno el cual confirma que, los ochentones, son la envidia misma, por chimeneeros que aparenten, o mucho viajen en el mundo dando el ejemplo de vitalidad que a los cuarentones, cincuentones nos falta, con tu venia, Marta Lamas.

En fin, yo no quería

Es necesario aclarar a quien corresponda, que mi vida entera ha estado dedicada a defender lo indefendible, dentro del concepto de honor y de justicia paterno y escolar; es decir que en la casa le enseñan a uno —enseñaban dijo el otro— a ser gente verdaderamente decente, desde el "con permiso" para salir de un cuarto, hasta amar al prójimo, aunque sea pobre de pobretería, prieta o no hable inglés; y en el colegio reforzaban, nada más, la gentileza digamos, con estudios a fondo de todas aquellas materias hermosas que, como no tengo hijos, yo ya no sé si se imparten: orfeón para la voz, gimnasia para la agilidad, canto para el oído, ética para el alma, religión para el cuerpo, y literatura, gramática, composición, para poder ¡ay! seguir viviendo en la soledad y ante las refulgencias de los mediocres declarando de su ronco.

Es decir que doy la vida por los necesitados y eso también lo juro. . . pero, el que los ancianos sean la misericordia misma, ni con pasteles de duquesas me lo trago. Es cierto que ha de ser desesperante haber trabajado toda la vida, como mujer, en la casa, la cocina o la oficina, para acabar en un asilo entre basuras humanas, compartiendo esos rostros echados hacia abajo de puro odio y fatiga, la memez de los que nunca usaron el cerebro y menos aún con la reuma, la gota, la dolencia y cuanto hay de miserable en la senectud. . . yo comprendo la absoluta necesidad de leyes que defiendan a los decrepitos, que no los agrupen en playas de Miami viendo al mar, o en San Angel del D.F. vomitando y rezando y sin tener un



solo perro junto para bien morir. He leído a Simone de Beauvoir y lo sé todo, sé todo lo que me espera. Y en posición de firmes veré llegar la chochez con mi equipaje hecho: una vida dedicada a trabajar en pro de los demás y sin jamás háyanse manchado, ni yo, ni mi nombre, con la recontra venia de quien sea. Supongo que tendré con qué vivir, modestamente, a solas, y con los perros necesarios; me he ganado una postrimería digna y, quién lo sabe, a pesar de todo, probablemente, hasta una antigüedad con respeto literario; claro que lo dudo temprar, contemplar, en vida; no soy ni borrego ni monedita, ni guapa como los ángeles dorados, ni insisto en ejercer una pureza pueril y grotesca: me concreto a ser dialogadora con mi feroz, implacable conciencia, tenaz en su catolicismo y rígida en la voz de mi madre. Así. . .

Los chantajistas plancha pisos

En el cometimiento de una verdad más, quizá ridícula o atrevida para los farsantes de credos y guerras, ciegos ellos sí a la necesidad siquiera de ser leídos, viejos-del-alma también, lo cual es peor, digo que no me gustan los ancianos ¿estamos? Y venga la quema; estoy acostumbrada, desde el Medievo, quizá con leña verde de bosques españoles, y con grandes almiarés de ocote, aquí, entre los chichimecas mis compañeros.

El anciano debe prepararse a serlo desde la niñez. Y eso se aprende en el hogar. La anciana es magnífica si conserva su ejercitada inteligencia; a la boba ni de niña se hace notar ¿entonces? ¿qué derecho el renquear o ser jorobada le dá para exigir el arrodillamiento de los demás? He ejercido mi vida para no depender de nadie; he ejercitado mis años para que llegue no lastimosa la edad proveya. Estoy firme ante ella y no quiero reverencias, besos en las manos, bendiciones ni nada de eso que los abuelos imaginan para honrarseles; tampoco deseo ser temida de octogenaria, empavorecer con mi lengua vil, mis memorias bajunas, mis epítetos envidiosos apoyada en mi longeva edad. No echaré mano del chantaje que tantos acartonados y antañones, con tal de que los lleven, como en la canción infantil, a pasear en coche. No buscaré que me sirvan ni me ayuden. Quien ha ganado el pan, insisto, desde que tuvo uso de razón, no será capaz de crear a su alrededor esclavos disfrazados de hijos, nietos, confidentes o admiradores en el estupor de que el carcamal y la vieja tiñoza anden aún a los noventa años.

También en la vejez hay bondad. Yo no la he atisbado en Matusalem ninguno. Lo siento